

Separación para Dios

Henri CUENDET

biblicom.org

Dios, en todas las épocas, quiso tener un pueblo apartado para sí en un mundo pecador y sublevado contra él. Desde el primer día de la creación separó la luz de las tinieblas (Gén. 1:4). Más tarde, apareció a Abraham en Mesopotamia diciéndole: «Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré» (Hec. 7:3; Gén. 12:1). Algunos años después, le ordena a Lot que se levante y que salga de Sodoma –ciudad sumida en el pecado– antes de destruirla por medio de un terrible juicio (Gén. 19:12-15).

Lo mismo sucedió con el pueblo de Israel después que Dios lo libró de la esclavitud del rey de Egipto. Dios, por boca de Moisés, le anunció: «Si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos». «Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios... te ha escogido para serle un pueblo especial» (Éx. 19:5; Deut. 7:6). Él escogió ese pueblo «para sí... por posesión suya» (Sal. 135:4); pero sabemos cuán pronto se desvió de su Dios y hasta rechazó a su Hijo, el Señor Jesús, cuando vino en gracia para librar a los pecadores de la esclavitud de Satanás.

El mundo no cambió. Sigue entregándose a los placeres y a la vanidad, mientras que la corrupción y la violencia van en aumento. Se olvida de Dios y de las órdenes de su Palabra: «Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso» (2 Cor. 6:17-18).

Dios, por medio de su Palabra, invita a todos los hombres a venir a él confesando sus pecados, y a recibir el perdón por la fe en el Señor Jesús muerto en la cruz. Los que creen son hechos hijos de Dios (Juan 1:12) y llegan a ser **adoradores** que traen la alabanza y la gratitud de sus corazones a Dios. Esto es lo que Dios espera de los creyentes, a quienes redimió por la sangre de su Hijo. En otro tiempo, Dios libró al pueblo de Israel de las manos de los egipcios, a fin de que lo sirviera –lo adorara– en el desierto. Hoy es glorificado por medio de la alabanza y la adoración de los que le pertenecen. Los cristianos, al tener paz con Dios, disfrutando de tan tierna relación de hijos con el Padre y de todas las bendiciones que resultan de la obra del Señor en la cruz se regocijan en la esperanza de su pronto retorno para introducirlos en la Casa del Padre, adonde fue a prepararles lugar.

Dios desea también que los creyentes sean **testigos** para él en este mundo, que le glorifiquen en toda su conducta. La Palabra los exhorta a rechazar la impiedad y los deseos mundanos, y a vivir de una manera sobria, tanto en lo que se refiere a los hechos como a las palabras. Deben actuar con rectitud frente a sus semejantes y con

piedad ante Dios, cultivando las relaciones del alma con el Señor en una **comuni3n diaria** (Tito 2:12-13). Esta santificaci3n pr3ctica vendr3 forzosamente acompa1ada de buenas obras para con el pr3jimo, de bondad, humildad y suavidad. El creyente que camina de esta manera ser3 un fiel testigo de Cristo en este mundo; podr3 presentar con m3s fuerza a1n las buenas nuevas de salvaci3n a los que le rodean e invitarlos a venir al Salvador, quien fue muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificaci3n. Jes1s es el 1nico que da la vida eterna, la paz y un gozo presente y eterno.

S3, Dios se complace en tales testimonios dados a su amor y a la gracia del Se1or Jes1s, el que rodea a los suyos con constantes cuidados; pero desea tambi3n recibir la alabanza colectiva de los que le pertenecen en todo lugar. Ya en **3xodo 20:24**, Dios instru3a a su pueblo a este respecto: «Altar de tierra har3s para m3, y sacrificar3s sobre 3l tus holocaustos y tus ofrendas... en todo lugar donde yo hiciere que est3 la memoria de mi nombre, vendr3 a ti y te bendecir3». 3l espera la adoraci3n colectiva de quienes ha liberado: una adoraci3n en simplicidad, en esp3ritu –es decir, seg1n el poder de la comuni3n que da el Esp3ritu de Dios– y en verdad –es decir, seg1n la Palabra–. Para cumplir este servicio, los creyentes son llamados a apartarse de la iniquidad (todo lo que no es seg1n la verdad) y a separarse –o purificarse– de los instrumentos viles, para seguir «la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de coraz3n limpio invocan al Se1or», «purificados por la obediencia a la Palabra de Dios (v3ase 2 Tim. 2:19-22 y 1 Pe. 1:22).

La Palabra nos recuerda que «Jes1s, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeci3 fuera de la puerta. Salgamos, pues, a 3l, fuera del campamento, llevando su vituperio» (Hebr. 13:12-13). Todo creyente que hoy desee ser fiel al Se1or tiene la responsabilidad de **salir** de cualquier organizaci3n humana, **hacia Cristo**, 1nico centro de reuni3n, como anta1o los israelitas piadosos sal3an del campamento para encontrarse con Mois3s, quien hab3a erigido el tabern3culo de reuni3n fuera del pueblo contaminado por el pecado (**3x. 33:7**).

As3 obraron algunos creyentes del siglo pasado en varios pa3ses, puesta a prueba su conciencia por la mundanalidad, la impiedad y el abandono de verdades fundamentales de la Palabra de Dios. En tiempos de la Reforma, cuando se volvi3 a proclamar la salvaci3n por gracia y no por medio de obras hechas por el hombre, se di3 un primer paso con la impresi3n y la difusi3n de la Biblia, la que hab3a sido ignorada a trav3s de las 3pocas. Al principio del siglo pasado, muchas verdades que hab3an quedado olvidadas desde hace mucho tiempo debieron ser evidenciadas de nuevo, como los pozos antiguos cavados por los criados de Abraham (**G3n. 26:18**).

Las indicamos a continuación:

- la posición celestial del creyente y su unión con Cristo glorificado (Efe. 2:6; Col. 3:1; etc.),
- la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia y en cada creyente, quien los une en un solo Cuerpo con Cristo, la Cabeza glorificada en el cielo,
- la reunión de los hijos de Dios alrededor de Cristo, Jefe de la Iglesia (Mat. 18:20; 1 Cor. 12:13, etc.),
- la celebración de la Cena en la Mesa del Señor hasta que él vuelva (1 Cor. 10:16-17; 11:23-27),
- la libre acción del Espíritu en la Iglesia y la autoridad de su Palabra (1 Cor. 14:23-35; 2 Tim. 3:16; 2 Pe. 1:21),
- el inminente retorno del Señor, quien resucitará a los creyentes que duermen y transformará los cuerpos de los que viven para introducirlos a todos juntos en la Casa del Padre (1 Tes. 4:15-17; Juan 14:3; Apoc. 22:20).

¡Quiera Dios que disfrutemos más y más de tan grandes y preciosas promesas que nos reveló en su Palabra, y que sepamos guardarlas fielmente hasta la venida del Señor!